

Para una Palabra de vida (Col 3,5-17)

para Adrián Taranzano

Introducción: una iniciativa en continuidad con el Concilio Vaticano II

La iniciativa del papa Francisco de dedicar un domingo del tiempo durante el año a la Palabra de Dios se puede comprender en continuidad con la preocupación del Concilio Vaticano II y con su esfuerzo, no sólo de acercar la Sagrada Escritura a los fieles, sino de hacer de ella el alma de la existencia creyente. Durante mucho tiempo, la Escritura fue la gran desconocida o la gran ignorada. Reducida a fuente de meros *dicta probantia* en la teología o sustituida en la vida espiritual por otra literatura religiosa, se perdía el contacto con el “manantial de aguas vivas”, sustituido por “cisternas agrietadas que el agua no contienen” (Jr 2,13).

Esta sugestiva imagen vinculada al agua del profeta Jeremías para referirse a la relación con el Dios vivo, no está lejos de la magnífica expresión de san Efrén, doctor de la Iglesia y “arpa de Dios”, que vincula la Escritura con aquella fuente capaz de vencer la sed y de “hidratar” toda la vida cristiana: “Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco” (SAN EFRÉN, *Sobre el Diatessaron* 1,19).

Lema para el año 2026

Este séptimo año de la celebración nos invita a reflexionar con una expresión significativa tomada de la tradición paulina y formulada en la Carta a la Iglesia de Colosas: “Ο λόγος τοῦ Χριστοῦ ἐνοικεῖτω ἐν ὑμῖν πλουσίως”, “La palabra del Cristo habite en vosotros de manera abundante” (Col 3,16). Pero leamos el contexto de esta exhortación de la carta:

Col 3

¹Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. ²Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. ³Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. ⁴Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él. ⁵Por tanto, mortificad cuanto en vosotros es terreno: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, ⁶ todo lo cual atrae la ira de Dios sobre los rebeldes, ⁷y que también vosotros practicasteis en otro tiempo, cuando vivíais de ese modo. ⁸Mas ahora, desechar

también vosotros todo esto: cólera, ira, maldad, maledicencia y obscenidades, lejos de vuestra boca. ⁹No os mintáis unos a otros, pues despojados del hombre viejo con sus obras, ¹⁰os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, ¹¹donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos. ¹²Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, ¹³soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. ¹⁴Y por encima de todo esto, vestidios del amor, que es el broche de la perfección. ¹⁵Y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo. Y sed agradecidos. ¹⁶La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruís y amonestaos con toda sabiduría, cantando a Dios, de corazón y agradecidos, salmos, himnos y cánticos inspirados. ¹⁷Todo cuanto hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

Destinatarios de la Carta

La destinataria de estas palabras es una comunidad en el suroeste de la península de Anatolia, en la región de Frigia, ubicada a unos 200 km de Éfeso y cerca de Hierápolis y de Laodicea.¹ En ella había pueblos de diversas culturas y en la región se realizaban cultos orgiásticos. El sincretismo religioso era una realidad y una amenaza para los que habían acogido el evangelio. Dado que al final del siglo I la ciudad de Colosas ya no estaba poblada², se debe afirmar que la carta fue redactada en la segunda mitad de ese primer siglo.

Según Col 2,1 los colosenses no han conocido personalmente a Pablo, sino sólo a sus colaboradores. Sin embargo, el Pablo de la carta se entiende responsable de la fe de la comunidad y siente la urgencia de proponer el misterio divino en Cristo para disipar la amenaza de la “filosofía” (Col 2,8) ajena al evangelio, probablemente de algún grupo esotérico y sincretista judeocristiano y cercano a los cultos paganos de misterios.³

Ideas centrales

La cita se encuentra en el tercer capítulo de la división actual, en una sección caracterizada por su estilo parenético. Antes de exhortar a grupos de

¹ Cf. A. PIÑERO, *Los Libros del Nuevo Testamento. Traducción y Comentario*, Madrid 2021, 1742-1743.

² Cf. PIÑERO, *Los Libros*, 1743.

³ Cf. PIÑERO, *Los libros*, 1743. Cf. también M. THEOBALD, *Der Kolossalbrief*, en M. EBNER – S. SCHREIBER (Hrsg.), *Einleitung in das Neue Testament*, Stuttgart 2008, 431-445, 439-441.

personas concretas (cf. Col 3,18 – 4,1), el autor lo hace de manera general (cf. Col 3,1-17).

No hay que olvidar que la parénesis es consecuencia del don recibido. En el proemio, el autor ha desarrollado el fundamento cristocéntrico del misterio de la salvación (cf. Col 1,15-20)⁴ y ubicado su propio ministerio y misión en ese contexto (Col 1,24- 2,5).

¿Quién es Cristo para el autor? En Col 1,15-20 nos encontramos con uno de los himnos más bellos del Nuevo Testamento. Allí es descripto como la imagen del Dios invisible, el fundamento de creación entera y el artífice de la reconciliación.

Pero este himno, leído desde la exhortación que ha sido elegida como lema del Domingo de la Palabra de Dios, se puede decir que, para el texto dirigido a los creyentes de Colosas, Cristo no sólo es la imagen del Dios invisible (Col 1,15), sino también la voz y palabra del Dios inefable, pero que ahora se hace voz y palabra humana. Así como lo invisible de Dios se deja ver en los rasgos de Cristo, también su voz inefable se deja sentir en su voz humana. Cristo es a la vez la imagen del Dios invisible y la palabra, la voz humana del Dios que antes habló “desde el cielo” a Israel (cf. Dt 4,36-39), pero que ahora lo ha hecho “desde abajo”, cara a cara, en su Hijo.

Cristo es la palabra viva que se dirige incluso a aquellos que no vienen de la circuncisión. Cristo es la Palabra del Dios que no distingue entre judío y griego, entre varón o mujer, entre libre o esclavo. Se puede decir que para el autor de la carta Dios ha “circuncidado en Cristo” (cf. Col 2,11) a los gentiles,⁵ que por la fe y el bautismo ya están resucitados.

División de la sección

Podríamos decir que la primera parte del capítulo parenético presenta estos elementos:

- a) Una memoria del don: los creyentes han resucitado con Cristo (Col 3,1), han muerto con él y sus vidas están ocultas con Cristo en Dios (Col 3,3), hasta que se manifieste y haga partícipes de su gloria a los creyentes (Col 3,4).
- b) Exhortación, en segunda persona, a la muerte de los vicios: los creyentes deben hacer morir todos aquellos comportamientos los vicios que los habían caracterizado (Col 3,5-9), antes de haberse revestido del hombre nuevo (Col 3,10-11).
- c) Exhortación, en segunda persona, a revestirse de las actitudes propias del hombre nuevo: los reconciliados se caracterizan por actitudes que

⁴ Para una presentación pormenorizada y técnica de la estructura de la carta, cf. THEOBALD, *Kolossalbrief*, 431-433.

⁵ Cf. THEOBALD, *Kolossalbrief*, 441.

construyen la comunidad (Col 3,12-14) y que tienen su punto culminante en el amor (Col 3,14).

- d) Doble exhortación, en tercera persona, al imperio de la paz de Cristo, entendida como la vocación a la que han sido llamados, en un solo cuerpo (Col 3,15) y, en segundo lugar, a la inhabitación de la Palabra de Cristo (Col 3,16), en un contexto de enseñanza y de alabanza litúrgica.
- e) Exhortación final a orientar cristocéntricamente las propias palabras y obras, agradeciendo al Padre por medio de él (Col 3,17).

En esta vida ya resucitada, la exhortación a vivir cristocéntricamente no es una imposición o mandamiento externo, sino el despliegue de lo recibido. La sección parenética comienza recordándolo y de allí enumera, en primer lugar, los vicios y conductas incompatibles con la nueva realidad del hombre nuevo. Pero la descripción no se agota en las conductas a evitar, sino que desemboca en aquellas a desplegar.

La condición propia de hombres nuevos que se despojaron del viejo exige, ante todo, que se revistan de entrañas de compasión (*σπλάγχνα οἰκτιρμοῦ*, Col 3,12). Las entrañas expresan la intimidad profunda del ser humano. Es una exhortación bella que está llena de consecuencias. No en vano el influyente teólogo alemán J. B. Metz ha afirmado que en la compasión tenemos el “programa universal del cristianismo”⁶. No es posible una mística, una existencia en el Espíritu, sin entrañas capaces de sentir y padecer con, en comunión con las fragilidades y angustias ajenas. Es importante destacar que la formulación de la carta es paralela a la que se encuentra en el cántico de Zacarías (*σπλάγχνα ἐλέονς*, Lc 1,78) y que explica la intimidad misma de Dios. De las entrañas de misericordia de Dios brota su plan y visita salvíficos. En la carta, es la misma característica que los creyentes resucitados deben tener unos con otros.

El autor no ignora las relaciones conflictivas ni la fragilidad de los vínculos. Supone que existen las ofensas y las tensiones. Ante ellas, la magnanimidad y el perdón son el único camino. Por ello, el autor exhorta a perdonarse unos a otros, así como el Señor los ha perdonado. Es como un eco de la oración dominical (cf. Mt 6,12), pero mientras que en ella el fundamento era teocéntrico, aquí la exhortación se basa en el perdón recibido del Señor, el Cristo. Casi podríamos decir que él es también el primogénito de los que perdonan. Quienes viven en él no pueden quedar presos del resentimiento o del rencor.

La carta resume el camino descrito en la exhortación a revestirse del amor, de la *ἀγάπη*, considerado como el vínculo, el ligamento de la perfección (Col 3,14). El autor la describe con la misma expresión que ha usado antes cuando hablaba de la unión de la cabeza y el cuerpo que, por medio de junturas y

⁶ J.-B. METZ, *Compassion. Zu einem Weltprogramm des Christentums im Zeitalter des Pluralismus der Religionen und Kulturen*, en ID. - L. KULD - A. WEISBROD (Hrsg.), *Compassion - Weltprogramm des Christentums. Soziale Verantwortung lernen*, Freiburg – Basel – Wien 2000, 9-18, 13.

ligamentos, alcanzan su cohesión. El pensamiento es análogo al que encontramos en relación con el “camino más excelente” que Pablo describe de manera elocuente en el himno al amor (cf. 1Co 12,31 – 13,13).

Sólo así el autor puede concluir deseando que tanto la paz y como la palabra de Cristo se arraiguen profundamente en cada uno de los creyentes. En relación con la expresión “palabra de Cristo”, es sugestivo el empleo del verbo ἐνοικέω, “habitar en”. La palabra de Cristo no es el oráculo inapelable desde arriba, que se escucha y al que sólo hay que obedecer, sino la voz que se acoge y que entra en diálogo y comunión, que se “instala” en la existencia mismo. Es un verbo que tiene una fuerte connotación física. En la traducción griega de la Biblia, es un verbo que aparece fundamentalmente en el libro del profeta Isaías para designar a los habitantes de un lugar como, por ejemplo, Jerusalén (cf. Is 22,21). El creyente es pues, habitado por la Palabra de Cristo.

Si el famoso himno joánico contempla al logos que se hizo carne y que puso su tienda entre las tiendas de los hombres (cf. Jn 1,14) y expresa su carácter temporal a través del verbo σκηνώω, el texto deuteropaulino alude a una inhabitación y a una presencia de la palabra que podríamos definir como *permanentes*. La idea de poner la tienda lleva implícita la consecuencia de que, en algún momento, se deberá levantar otra vez. La tienda es transitaria, como la ha sido la existencia histórica del logos hecho carne. El sentido de habitar, en cambio, dice relación con la idea de una morada permanente. Todo ello se concreta no sólo en relación con la enseñanza y la instrucción, sino también con la alabanza litúrgica. La palabra se acoge, se aprende y se celebra. La palabra habita en la medida en que la alabanza se hace forma de la existencia.

El Pablo de la carta, sin embargo, no identifica esta situación con el *eschaton*, sino que contempla la humanamente abrumadora misión pendiente y, en este sentido, además de la exhortación a ser agradecidos, el apóstol implora que los creyentes oren para que se les abra “una puerta a la Palabra” (Col 4,3) y el misterio de Cristo pueda seguir siendo proclamado. Los creyentes habitados por la Palabra interceden para que esa Palabra de Cristo habite también en aquellos que no han recibido el Evangelio de Cristo.

En esta última invitación del Pablo encadenado de la carta podemos contemplar el imperativo misionero de toda la Iglesia. Ser habitados por la Palabra no se agota en el gozo del encuentro y de esa presencia, sino que supone el espíritu inquieto hasta que esa Palabra habite también en todos. La Palabra se acoge para transmitirla.